

MIDNIGHT COWBOY Y LA CORRUPCION SOCIAL

Enrique Figueroa H.*

(Taller de Crítica de *Punto de Partida*)

El estrépito de caballos en tropel y revólveres disparados en la pantalla vacía de un *drive in* texano señalan el simbólico comienzo de *Midnight cowboy*, una película desgarrante y mítica en su profunda penetración de los valores de la sociedad norteamericana. La cámara enfoca esa pantalla ruidosa y luego inicia una regresión sobre sí misma, para mostrar al pie de ese vacío rectangular a un niño montado sobre un caballito de madera en el cual se balancea rodeado de otros juegos infantiles.

Es este un filme cargado de un poder corrosivo casi asfixiante. El *American way of life* ya no puede ser glorificado. Precisar su desarmonía resulta inevitable: aparece la hediondez en que se fundamenta su corrupta y artificial existencia, brotan signos tan deslumbrantes en su exterior como inútiles en su total ausencia de significación o trascendencia humanas. Las falsas creencias lo envuelven todo, los mitos florecen gratuitos ante la inercia y el sopor del hombre industrializado, inmóvil a causa de un status horriblemente inhumano. Las consecuencias saltan a la vista: *Midnight cowboy* nos ofrece una visión hiriente y llena de repulsa por ese mundo, por ese todo convertido en reflejos, en sombras, en disminuidas presencias

humanas que se consumen en sí mismas como vegetales o robots, sin ninguna motivación personal. Lo anterior constituye la perspectiva fundamental en el desarrollo de la película, pero estaremos equivocados si pensamos en ella sólo como una denuncia más sobre un modo de vida. El tratamiento que nos ofrecen Schlesinger y Salt (quienes colaboraron estrechamente durante todo el rodaje, más allá de sus funciones de director y guionista) sitúa esta cinta fuera de toda obviedad, ya que hay en ella una profunda significación estética que cobra forma en la relación creada entre Joe Buck y Enrico Salvatore Rizzo, los dos personajes centrales, de los cuales hacen toda una creación de John Voight y Dustin Hoffman, respectivamente.

Buck es un texano que a pesar de la sencillez o simplicidad de su persona, o debido a esto, tampoco escapa de la identificación con los mitos existentes, y encontrándose como lavaplatos en su ciudad natal, descubre en su prestancia física la respuesta ideal a la creencia de que, en Nueva York, mujeres millonarias se mueren por tipos como él para lograr su satisfacción sexual, ofreciendo a cambio, con generosidad, sus dólares. Así, uniformado en su vestimenta de *cowboy* se dirige a la

populosa ciudad del este, buscando cimentar en su atávica persona esa creencia.

Sus primeros escauceos por las atiborradas calles neoyorkinas no pueden ser más desalentadores, ya que se ven coronadas por el encuentro con una prostituta a la cual, tras pedirle con toda su ingenuidad dinero, le paga cuando la ve llorar. No obstante este primer desengaño desaparece cuando se mete a un bar donde conoce a Enrico, hijo de inmigrantes italianos ya muertos, y a quien los que lo conocen llaman despectivamente "Ratzo". Este le hace concebir nuevas esperanzas prometiéndole que lo conectará con la persona adecuada para que pueda llegar hasta esas millonarias por el camino debido. De este modo, el inicio de su amistad es una consecuencia normal del medio social que los envuelve, porque "Ratzo" lo engaña estafándole veinte dólares. Pero si toda relación humana está matizada en principio por la podredumbre de un ambiente social dado, hay seres que en el fondo son incorruptibles. El progresivo acercamiento de Joe a esta nueva realidad constituye un incesante descubrimiento de la vaciedad, de la denigración e indiferencia que dominan a hombres y mujeres inmersos en el mito de una sociabilidad inexistente. Todos sus contactos con ese mundo sirven para mostrarnos la deleznable inhumanidad de las formas sociales que coaccionan al hombre, pero también ofrecen a la sencilla conciencia de Joe el carácter de una liberadora catarsis, pues se presentan ante él como la prostituida fuente de sus fijaciones sexuales y religiosas.

En esta forma, su bautizo en las aguas de un lago, el conocimiento de una mórbida sexualidad que le entrega su abuela, o bien la violación que delante de él consume un grupo de hombres con la muchacha a quien ama, son recuerdos provenientes de una realidad infecciosa, donde la degeneración alcanza formas masivas. Sin embargo, el proceso de liberación no se efectúa dialécticamente. Joe, a través de su simplista concepción del mundo, se limita a percibir la realidad intuitivamente. Y es ese carácter intuitivo y noble lo que le lleva a perdonar a "Ratzo" cuando lo vuelve a encontrar.

Verlos caminar por las calles, "Ratzo"

cojeando y Joe altivo en la ingenua conciencia que todavía tiene de sí mismo, o bien en la intimidad andrajosa de su cuarto, dirigiéndose mutuos ataques, son imágenes dolorosas que van estrechando su relación, hasta convertirla en una sincera amistad de la cual ambos hacen el último reducto para lograr su salvación y liberación del deprimente ámbito que los circunda.

Aquí aparece la significación estética a que nos referíamos, porque "Ratzo" personifica toda corruptibilidad posible. Sucio, cojo de un pie y tosiendo sin cesar, nos muestra en su físico la imagen misma de la repugnancia; pero su desolación, su miseria, han alcanzado también a su alma, con un sobrecogedor patetismo que en la película jamás llega a ser melodramático.

En este punto Schlesinger y Salt se acercan a Godard, para quien la poesía sólo puede surgir de las ruinas. "Ratzo" es esa ruina que hace posible la poesía: imagen deplorable y sucia que renguea y tose, que se muere en su desesperanza, en su soledad, en su desamor. Acaso ésta sea la más significativa revelación: en él el amor ya no es posible, ha muerto, se ha extinguido para siempre, aunque aún aliente en sí la ilusión de abandonar Nueva York, de marcharse a Miami para intentar reconstruir su maltrecha persona. Esto se hace factible a través de su amistad con Joe, encontrando así una postrer respuesta a su nostálgica ternura. Enferma, ya no puede caminar por sí solo; pero antes que aceptar el auxilio de un médico, le pide a su amigo lo lleve a la ciudad con que sueña. Joe, que ha llegado a anteponer esa amistad a todo (sus ingenuos mitos desaparecen) se lanza desesperado a la calle en busca de dinero, mismo que sólo obtiene maltratando a un homosexual. Carga entonces con "Ratzo" hacia Miami, pero para éste ya es tarde y su ilusión se pierde en el vacío de una ciudad inalcanzable.

El simbolismo es claro, rotundo, fiel. *Midnight cowboy* nos entrega un testimonio desgarradoramente humano de la desolación del hombre, pero también de sus posibilidades de redención, aun cuando éstas sean cada vez más pálidas y lejanas y exijan el sacrificio dramático de hombres como "Ratzo".